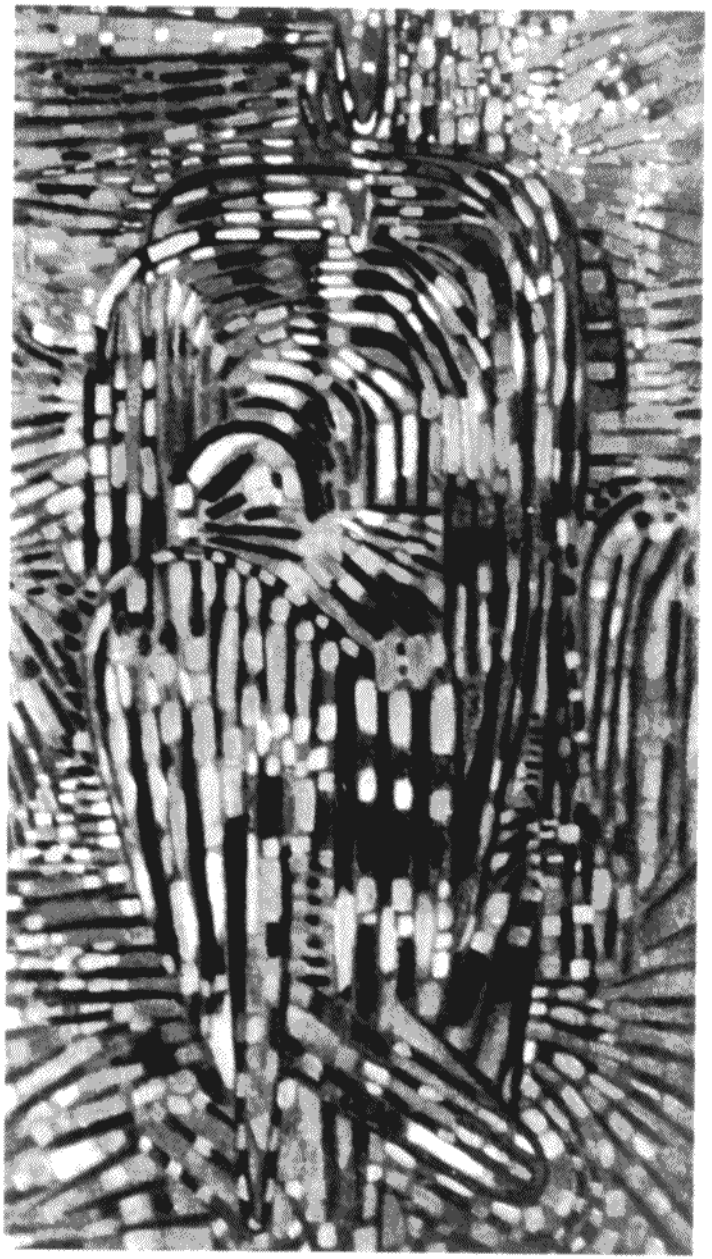
Wolfgang Paalen

OCTAVIO PAZ

El hombre posible, 1936.

NO ES FÁCIL —QUIZÁ ES DEMASIADO PRONTO— SITUAR LA obra de Wolfgang Paalen en la historia del arte moderno y, particularmente, en la del surrealismo. Tampoco lo es desentrañar su real significado. La dificultad no estriba únicamente en la dispersión de sus cuadros y esculturas en varios continentes (para no hablar de la de sus escritos); ni en que, desde 1939 hasta su

muerte en 1960, haya vivido en México, en una soledad rota apenas por viajes ocasionales a San Francisco, Nueva York y París. La naturaleza misma de su obra —siempre en lucha consigo misma, siempre en movimiento— se opone a una visión de conjunto. Además, para contemplarla sin mutilarla, en toda su variedad y en su secreta unidad, nos hace falta un punto de mira. No sólo aún no podemos verla en su totalidad: todavía no hemos encontrado el lugar desde el cual habrá que contemplarla. El ojo hace el objeto, dice Marcel Duchamp; sí, pero la obra, el objeto, rehace al ojo. Hoy, mientras llega la hora del verdadero *reconocimiento*, debemos contentarnos con tratar de mostrar algunas de sus facetas.



Madre Ágata, 1946.

No es accidental el empleo de la palabra "facetas" para designar los distintos aspectos de la obra de Paalen. Muchos de sus cuadros, como si se tratase de piedras o, mejor, como si el pintor se propusiese tallar el espacio, adoptan formas hexagonales, octagonales u ovoides. Y el ágata, en la que los tonos más cálidos de la luz parecen caer incansablemente en una suerte de abismo frío, rigió durante algún tiempo sus creaciones. A esta piedra le debemos una de sus telas más

Combate de príncipes saturnianos II, 1938.

Retrato de André Breton, 1952.

hermosas: *Madre ágata,* rica como un manto de plumas que fuese asimismo una cascada de astros y lunas. A su obra le conviene también la palabra "fases" —y no sólo para aludir a sus cambios sino en el sentido de vertientes opuestas. Habitada por los contrarios —y, al fin, desgarrada por ellos—, la pintura de Paalen es una sucesión de batallas espirituales. Una serie de óleos pintados en 1938 se llama, precisamente, *Combates de príncipes saturnianos.* Otra tela, de 1939, *Entre luz y materia.* Y otra, *Fuente de huesos* (título digno de Quevedo). En un artista como Paalen estos títulos expresan algo más que un juego literario. Son verdaderas imágenes, es decir, correspondencias verbales de las imágenes plásticas. Con ellos el pintor no nos entrega la clave de su universo pero nos da un santo y seña para traspasar la muralla. Si damos el salto, caeremos en el centro inmenso del ágata, en la soledad de la noche cósmica, en la espiral de la tromba o en el torbellino petrificado del caracol. En el infinito de la ciencia o en un paisaje de antepasados totémicos. Atrás o adelante, dentro o fuera de nosotros, no importa; en pleno espacio. Y giramos, cada vez más de prisa, hasta que el lado opaco y el luminoso se funden en una sola vibración aniquiladora.

Suspendido entre un extremo y otro, Paalen atravesó la vida en precario equilibrio de pájaro. No buscó en el arte una razón para vivir sino para volar. Alguna vez dijo que la verdadera pintura, figurativa o abstracta, era siempre pre-figurativa, tanto porque modelaba y anticipaba las imágenes del hombre futuro como porque resucitaba las grandes formas arquetípicas. Igualmente atraído por la poesía y por la ciencia, fue uno de los primeros pintores que se aventuró, con ojos de poeta, en los nuevos infinitos de la física. De sus expediciones nos trajo algunos cuadros de

Homenaje a Isabel, 1958.

Banistas, 1959.

una belleza y una intensidad que merecen el calificativo de vertiginosas. Los últimos años de México fueron años de creación y también de soledad. El artista dialoga con las obras del arte precolombino y con sus propios fantasmas, habla con los grandes árboles y los vastos cielos, pero calla ante los hombres. En 1958, reaparecido tras una larga enfermedad, expone en la Galería de Antonio Souza una serie de grandes óleos luminosos. Última fase: tempestad florida. Salida del sol, antes del eclipse definitivo. Fases, facetas de una piedra, un astro, una vida resuelta al fin en un solo acto definitivo: la explosión final, el regreso al espacio presentido en tantos cuadros. Espacio sin orillas. ✱

París, 5 de noviembre de 1960

Este texto se publicó con el título de "Ante la muerte de Wolfgang Paalen" en *Puertas al campo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966.

Del 20 de julio al 18 de septiembre, el museo Carrillo Gil de la Ciudad de México expone una retrospectiva de este pintor.